

EL PADRE KENTENICH

CAPITULO PRIMERO

EL SENTIDO DE LA VINCULACION AL FUNDADOR DENTRO DE LA FAMILIA DE SCHOENSTATT

P. Hernán Alessandri

INTRODUCCION.

En esta primera charla, plantaremos el por qué de este tema: por qué nos dedicaremos a hablar sobre una persona que ya murió, en estos momentos que vive Chile, en medio de esta situación que pide decisiones urgentes y claridad en muchos puntos concretos.

Me parece importante responder a esta pregunta, pensando especialmente en los nuevos. Cuando uno entra al Movimiento, se extraña, a veces, de lo mucho que se habla del Padre. Hay algunos que se asombran incluso de que se hable tanto de la Virgen. Vienen de ambientes donde se la nombra poco, donde sólo se habla de Cristo. Llegan acá y oyen continuas referencias a María y al Padre Dios, un personaje casi desconocido para los cristianos de hoy. Pero, en fin, el Padre Dios y la Mater son personas de consideración dentro de la iglesia, pero ¿por qué centrarse tanto en el Padre Kentenich?

Digo esto pensando en la experiencia que yo tuve hace 20 años atrás; y eso que, en ese tiempo, se hablaba mucho menos del Padre que ahora. Personalmente, no me molestó que se hablara de él, pero, cuando lo conocí, me llamó la atención la actitud de las Hermanas frente a él.

En esa época, el Padre se nos presentaba como el fundador de la Familia: un gran hombre, un profeta para los tiempos de hoy, llevaba ya como un año en el Movimiento, cuando lo conocí. Admiraba mucho sus ideas, pero nunca me había preocupado de tener un contacto más personal con él, de preguntarse si lo quería o no. Cuando el Padre llegó a Bellavista, me dí cuenta de que las Hermanas Marianas, Instituto fundado por él, le querían manifiestamente. No era sólo admiración a un gran jefe, sino cariño personal. Mi primera reacción fue de una cierta reserva, diciéndome: “que ellas lo quieran a su manera, como a un Padre; yo seguiré a mi manera, admirándolo como a un gran jefe, sin tanto afecto”.

Después, poco a poco, fui entendiendo la necesidad y el sentido de no sólo admirar sus ideas, sino de llegar también a un cariño personal, a una vinculación muy honda con él y fui comprendiendo la razón de ese cariño personal tan grande que le manifestaban las Hermanas y toda la Familia.

Hoy día, el Padre está mucho más al centro de su Obra que en esos años. En Europa tuve la oportunidad de conversar con gente joven, algunos que recién entraban a la Familia y otros que ya estaban un buen tiempo en ella. Fue con un grupo de portugueses, en general bastante interiorizados de Schoenstatt y muy entusiasmados por nuestro mundo. Sentían un gran cariño y estimación por el Padre. Por primera vez llegaron al lugar de Schoenstatt, poco después de su muerte, y se toparon con un ambiente donde el Padre estaba presente con una fuerza tan grande que los confundió; o sea, sentían que no podían ponerse a tono. Digamos, por ejemplo, que estas personas tenían un cariño al

Padre de 15 gados y llegaron a un ambiente donde el grado ascendía a 100. Ante eso, se sintieron presionados y me dijeron: “Aquí existe un gran cariño al Padre, pero a nosotros no nos brota algo así. ¿Estamos obligados a quererlo con igual intensidad? Y, ¿por qué es así? En muchas otras partes se encuentran hombres santos a quienes se venera y se les profesa cariño y admiración, pero no a tal grado”. Fue una conversación larga e interesante la que tuvimos.

Suponiendo que a algunos de ustedes se les hayan presentado, o se les presenten más tarde, preguntas de este tipo, creo que para empezar, conviene informarnos sobre el por qué nos centramos tan especialmente en el Padre, sobre la razón de la importancia que concedemos a nuestra vinculación a su persona.

LAS GRANDES LEYES MEDIANTE LAS CUALES DIOS GOBIERNA AL MUNDO.

A. *La necesidad antropológica de los símbolos.*

Mirando a nuestro alrededor, observando la vida, nos damos cuenta que existe una ley general y universal de la psicología humana: por ser el hombre un espíritu encarnado, para poder entregarse enteramente a una causa y a una idea, necesita conocerla no sólo con su inteligencia, sino de manera que todo su ser vibre por ella, también la parte sensible. Esto trae por resultado una ley universal: *la necesidad de los símbolos*. El hombre –por una exigencia de su propia naturaleza- necesita ver las ideas encarnadas, visibles, sensiblemente. Sólo entonces puede entregarse plenamente a ellas. Cuando predica un sacerdote o cuando escuchamos una clase, necesitamos ejemplos que nos muestren encarnados los principios abstractos que se enseñan, y tal vez, recién entonces, cuando los vemos reflejados en ejemplos concretos, logramos entenderlos.

Esta necesidad de ver las ideas expresadas sensiblemente, esta necesidad de símbolos es lo que explica la constante creación de canciones que encarnen determinadas ideas o la necesidad de tener lugares, fechas y personas que sean símbolos de determinados valores. Por ejemplo, hoy celebramos un día que traduce esta necesidad: una fecha que es símbolo de Patria; también rendimos honor a un objeto determinado: la bandera, que es también símbolo de una comunidad y de una historia, hoy recordamos la Primera Junta de Gobierno, a los Padres de la Patria. A través de hombres, objetos y de una fecha, Chile nos comunica hoy su historia. Mirando la bandera, pensando en la fecha, 18 de Septiembre, sentimos que Chile se nos hace mucho más real, concreto y presente. Vivimos en este país todos los días del año, pero el 18 de Septiembre, con su fecha, sus personas y sus cosas propias, nos acerca a Chile en forma sensible y simbólica.

Traspassando las fronteras y mirando más allá nos damos cuenta de que otros hombres viven esta misma ley con una necesidad imperiosa. Si observamos el campo marxista ¿qué son Mao, Fidel Castro, el Che Guevara y ahora último, Luciano Cruz para el MIR? Son hombres símbolos, hombres que encarnaron una idea. ¿Por qué Chile se empapeló con el letrero de Luciano? ¿Por qué el culto a Mao en China? Porque si a los hombres se les muestran las ideas encarnadas en ejemplos vivos, éstas los captan, los penetran, adquieren una fuerza de arrastre inmensamente superior a la que poseería la misma idea en abstracto. Realmente, los marxistas son unos genios en el aprovechamiento de esta ley. Y no sólo lo aplican genialmente, sino que también abusan de ella. Si uno ve, en una revista china, cómo son las fiestas organizadas por el partido comunista chino, es impresionante el despliegue de banderas rojas, de globos rojos, de libros rojos, de fotos de Mao. Es todo un ambiente de símbolos, en forma masiva y a presión, del cual no puede

evadirse el mortal normal. En una forma magistral y consecuente utilizan esta realidad de la fuerza de los símbolos. Nosotros, los cristianos, los católicos, somos bastante pobres en ese sentido, aunque en Schoenstatt y en otras partes, se están haciendo intentos importantes.

La ley de los símbolos es entonces, una ley universal de la psicología humana y corresponde a nuestra estructura de “espíritus encarnados”. Los símbolos desarrollan una fuerza en el hombre que las simples ideas no despiertan. Es evidente que también puede abusarse de esta ley y que, a base de símbolos, se puede montar toda una maquinaria – tal como lo hacen los movimientos colectivistas-, destinadas a impedir que los hombres piensen en forma independiente, una maquinaria de símbolos tan poderosa, que llegue a constituir un atentado contra la dignidad de la persona, contra la libertad del hombre: porque frente a tal cantidad de símbolos, tan magistralmente montados, es casi imposible mantener una línea personal, defender la propia personalidad.

Los cristianos no podemos usar símbolos para manipular a otros, pero tenemos que reconocer la existencia de esta ley psicológica. Los símbolos tienen fuerza y si esta ley existe es porque Dios la creó (Gén. 9, 12ss) para respetar y cumplir el plan de Dios.

Animados de esta actitud de respeto al plan divino, queremos indagar más a fondo lo que está detrás de esta ley universal de los símbolos.

B. La importancia de las causas segundas.

En primer lugar, vemos detrás de ella un gran principio que el Padre formuló como ley de gobierno. Según ella, *Dios gobierna el mundo a través de causas segundas*, es decir, a través de criaturas y, especialmente, de causas segundas libres, de los hombres. (Ex. 4, 15-16; Rom. 13, 1ss).

Es ésta una ley fundamental, de la cual se desprenden consecuencias muy importantes relacionadas con la necesidad y la fuerza de los símbolos. Porque Dios no quiere gobernar el mundo directamente sino por medio de otras criaturas y de otros hombres, por eso les anticipa a ellos parte de su poder de atracción y nos conduce, a través de ellos, hacia El. No lo hace así por pobreza suya o porque sea incapaz de atraernos directamente, sino por bondad, porque quiere comunicar a otras criaturas la dignidad de poder contribuir a la construcción del mundo. (S.105).

1. La ley de la transferencia orgánica.

A esta participación que hace Dios a otros seres de su capacidad de atracción, la llama el Padre: *ley de transferencia orgánica*.

Porque Dios ha decidido gobernar el mundo a través de causas segundas, por eso les transfiere parte de sus atributos, de su bondad, de su capacidad de atracción, haciendo de toda criatura un reflejo visible suyo, un llamado visibilizado, un llamado suyo adaptado a nuestra naturaleza de hombres sensibles. Al querer anunciarnos que El es bello, que es hermoso, que es bueno, bondadoso y misericordioso, ¿qué hace Dios? No se contenta con explicarnos cómo es El en abstracto, sino que nos hace sentir su belleza, su bondad, su misericordia, a través de las criaturas. El transmite estas cualidades suyas a las criaturas, a hombres que las reflejan y se convierten en sus mensajes visibles (Mt. 10, 40-42).

La encarnación es consecuencia de esta ley. ¿Para qué vino Cristo a esta tierra? Para hacer visible el amor invisible, el rostro invisible de Dios. Cristo mismo explica el sentido de su misión al decir a Felipe: “El que me ha visto a mí ha visto al Padre” (Jn. 14, 9). El

viene para mostrarnos de manera visible a través de los símbolos –del símbolo que es su propia personalidad de hombre, su propio rostro de hombre- el rostro oculto del Padre. San Juan lo dice en una de sus cartas: “Nosotros les anunciamos lo que oímos, lo que vimos, lo que palpamos” (1Jn. 1, 1ss). El Dios que trae a Cristo, no es un Dios abstracto, no es un Dios cuya imagen se compone de ideas, sino que es un Dios visibilizado, encarnado en una persona, que se hace un símbolo vivo, su imagen viva. (2 Cor. 4, 6).

Esto, que para Jesucristo vale de manera especialísima, vale también para todas las criaturas. Toda criatura es un llamado encarnado de Dios, toda criatura hace visible algo de la belleza, de la bondad de Dios. Pero, si bien todas las criaturas reflejan algo de la belleza de Dios, existe, sin embargo, una jerarquía. Y así como Cristo representa el caso cumbre, así hay también otras circunstancias a través de las cuales Dios se manifiesta en forma especial.

2. La ley de los casos preclaros.

Por eso no existe sólo la ley de la transferencia, sino también otra ley, que el Padre llama, *de los casos preclaros*. Hay criaturas, personas, a las cuales Dios transmite de manera especialísima sus cualidades y que, por lo mismo, no solamente son mensajes encarnados suyos, sino que pasan a ser también modelos de que Dios quiere realizar con nosotros. En primer lugar, debemos nombrar a Cristo. Cristo no es sólo un mensaje encarnado de Dios al hombre, sino que también es el modelo preclaro al que todos los hombres deben imitar a través de El. (Ef. 1, 10; Col. 1, 18-19).

Y como Cristo, hay en la historia de los hombres muchas otras personas que podríamos llamar también “casos preclaros”. Han sido los santos, los grandes santos, a través de los cuales Dios ha querido mostrar a la Iglesia, en las distintas épocas, modelos de cómo tiene que vivir su fe, su cristianismo en esa época determinada, para cumplir lo que Dios espera de ella, para imitar mejor a Cristo. (Ecls. 44; Heb. 11).

3. La ley de la dependencia membral (o de los representantes).

Al repartir sus dones a las criaturas, Dios establece una jerarquía entre ellas, de manera que hayan algunas –los casos preclaros- que le reflejan más que otras, de manera que, así como hay flores más hermosas que otras, así hay también hombres que nos dicen más de Dios que otros y niñas que irradian la pureza de la Virgen más que otras. Además de eso, Dios ha instituido otra ley misteriosa: la ley de la dependencia membral. Es decir, Dios no sólo establece una jerarquía en la forma como transmite sus cualidades a los seres humanos, sino que también establece una dependencia entre ellos, es decir, decide transmitir sus gracias y sus dones a grupos determinados de hombres o a épocas determinadas a través de ciertas personas. El escoge a ciertos hombres para transmitir un mensaje que sólo se recibe uniéndonos a ellos.

Por ejemplo, Jesucristo: El no es sólo modelo, no es sólo el caso preclaro de lo que todos tenemos que hacer. Para cumplir la voluntad de Dios, no basta mirarle y decir: El es el modelo, es caso preclaro, yo lo imito. No, a Jesucristo no se le puede imitar si uno no se une a El en una dependencia vital, si uno no se hace miembro suyo, si uno no se ata vitalmente a El para recibir de El, aquella vida que El encarna. (Jn. 19, 5). No se puede imitar a Jesucristo si no es uniéndose a El, en dependencia de El. El no es un modelo que se imita de lejos, sino que es cabeza, a quien uno debe unirse como miembro. (1 Cor. 12,12). Jesucristo es verdadera cabeza de la Iglesia, cabeza de la humanidad, cabeza del universo entero. (Ef. 1, 10). Nadie puede acercarse a Dios ni participar de la vida de Dios si no se hace miembro de Jesucristo (Jn. 14, 5).

Esto que en Jesucristo se realiza en forma absoluta, también se cumple en otros niveles. Por ejemplo, con Abraham. Abraham también fue elegido para ser cabeza. No fue sólo un modelo que otros debían imitar; fue cabeza de un pueblo. Y sólo aquel que se incorporaba a ese pueblo nacido de él, recibía las gracias del Dios de Abraham (Gen. 17, 1-14).

Moisés también fue un hombre – cabeza, ni alguien para ser mirado desde lejos, sino un hombre al cual había que plegarse, un hombre al cual había que seguir porque Dios daba sus gracias a través de él. Moisés no sólo era modelo, sino también canal de gracias y quien no se adhería a él y le seguía, no recibía esas gracias (Ex. 12, 1ss).

En la misma situación están los fundadores de las comunidades religiosas. San Benito, por ejemplo, con su carisma de la estabilidad al lugar, es padre de una gran familia religiosa, cuyos miembros lo honran como verdadero padre espiritual. San Francisco para los franciscanos, no es únicamente un modelo, sino que también es cabeza de su familia. Dios quiere dar carisma a los franciscanos, un carisma que San Francisco vivió de una manera ejemplar, en forma preclara en su tiempo. Pero este carisma lo recibe no el que se contenta con mirar y admirar desde lejos a San Francisco, sino el que se hace hijo suyo en su familia, y que se lo pide tratando de conocer su vida, de llegar a un contacto personal con él. A los jesuitas, Dios tampoco le dio a San Ignacio como un modelo solamente, sino también como cabeza. San Ignacio se entregó por su Compañía, mereció gracias a su favor y Dios bendice a un jesuita no sólo en la medida en que admire a San Ignacio, sino también, en la medida en que viva en la comunidad de destino de su fundador, elegido por Dios como Padre de esa familia.

A esta ley de la dependencia membral podríamos denominarla *ley de la solidaridad de destino*: Dios no se contenta con participar en mayor proporción sus cualidades a una persona determinada para hacerla más reflejo suyo, para convertirla en un caso preclaro, sino que además, escoge a ciertos hombres para que en ellos se decida el destino de muchos otros. En Cristo se decidió el destino de todo el universo. (Ef. 1, 3-4). En Abraham y Moisés se decidió el destino de su pueblo. En San Francisco y en San Ignacio se decidió el destino de los franciscanos y de los jesuitas. No se limitaron a ser modelos: en torno a ellos se tendió toda una red vital, porque ciertas gracias otorgadas por Dios a la Iglesia, en el caso concreto de los jesuitas, a la Compañía de Jesús, estaban condicionadas a la fidelidad de San Ignacio. San Ignacio no era sólo modelo; era también fuente de gracias para otros, era el principio de toda una red de vida que se decidía por él y, si él era infiel, se bloquearían las gracias para todos esos hijos suyos que Dios le había previsto.

A estos grandes hombres, que Dios escoge como casos preclaros y como representantes memórais de otros –hasta cierto punto, a imagen de Cristo, pero en un nivel infinitamente inferior y reducido, porque es parcial- los escoge también como cabezas, como fuentes de gracias, no sólo para un grupo de personas, como San Francisco para los franciscanos, San Ignacio para los jesuitas, Santo Domingo para los dominicos, San Benito para los benedictinos, sino también como fuentes de gracias para toda una época. Cristo se manifiesta en ellos como modelo humano – divino, por eminencia actúa a través de ellos, prolongando su misión salvífica en los tiempos.

Si observamos la historia de estos santos que acabamos de nombrar, nos damos cuenta que Dios los hizo aparecer en momentos decisivos de la Iglesia, y los convirtió en profetas esclarecidos para su tiempo.

San Benito surge en un período en que se decide para la historia de Occidente. Podríamos nombrar a San Benito junto a San Agustín. La Iglesia nació apoyada en la cultura romana; crece yendo los misioneros por los caminos de Roma, usando el latín, imitando la organización del Imperio Romano, copiando la estructura jurídica de la Iglesia del Derecho Romano. Pero Roma se derrumba y, por consiguiente, también la Iglesia amenaza derrumbarse. Vienen las invasiones de los bárbaros, trayendo una inestabilidad enorme. En Europa se destruyen las grandes ciudades, la gente huye a los campos, todo el mundo romano se desploma. San Agustín tiene escritos que expresan sentimientos muy semejantes a los que muchos hombres sienten hoy; termina una época y comienza otra y la Iglesia tiene que desprenderse de ese mundo viejo que cae y descubrir formas nuevas, no sólo adaptándose pasivamente a lo nuevo, sino desplegando las fuerzas que le permitan ser alma de ese mundo nuevo que surge. San Benito, por su parte, es el hombre de la estabilidad frente al desorden y al caos. Establece sus monasterios por todas partes y esos monasterios se transforman en escuelas, en los centros más importantes de Europa, en centros de irradiación espiritual y cultural. A través del monacato occidental. San Benito crea toda una red espiritual que va a Europa nueva y toda la civilización cristiana y la cultura medioeval durante diez siglos. El salva especialmente para Occidente la estructura familiar de la familia romana, centrada en la figura fuerte del “pater - familias”: la bautiza y la cristianiza, en su imagen del Abad, como autoridad paternal. el Abad es la imagen de la autoridad cristiana que impregnará la Edad Media. Y San Agustín, desde Africa, es el que trae la visión intelectual, la teología que va a inspirar ese mundo nuevo. Puede decirse que la Edad Media se construyó como civilización cristiana en la medida en que supo abrirse al espíritu que se le transmitía a través de estos dos grandes hombres: San Benito y San Agustín, padres del Occidente cristiano.

Cuando ese mundo, después de haber alcanzado cierta madurez, empieza a corromperse, especialmente cuando la riqueza trae la decadencia de los monasterios, que habían sido células vitales y las fuentes de energía de ese mundo cristiano, entonces Dios envía otro caso preclaro, otro modelo, otro representante suyo, en quien se decidirán los destinos y la salvación de la Iglesia: San Francisco debe afrontar una gran lucha con su tiempo, tiene grandes dificultades con la Iglesia, pero con él comienza todo un período de renovación.

Esta ley del actuar de Dios se hace todavía más evidente en los tiempos de la Reforma. Entonces la gran señal de salvación es San Ignacio. En San Ignacio resplandece el único espíritu con fuerza suficiente como para sacar a la Iglesia del terrible peligro y de la situación de división en que la había colocado la Reforma. San Ignacio es como la bandera que Dios levanta. Es también un hombre que tiene grandes luchas con la Iglesia. Pero la Iglesia se salva, reacciona especialmente gracias al Concilio de Trento, que le dio un empuje de cinco siglos de duración. Y ¿de dónde sacó fuerzas este Concilio? Del espíritu de San Ignacio. En la medida en que la Iglesia del siglo XVI se abrió al espíritu de San Ignacio, se levantó y tuvo fuerzas. Por lo tanto San Ignacio fue padre no sólo de los jesuitas, pues no sólo ellos recibieron vida de él en la medida en que supieron reconocerlo como enviado de Dios y en que se hicieron dependientes de su espíritu: San Ignacio fue padre para la Iglesia de su época, fueron siglos de la historia de la Iglesia que se salvaron, en la medida en que se abrieron al espíritu que venía de él.

Todas estas son leyes de la conducción del mundo, son leyes creadas por Dios. El dirige así al mundo: lo dirige a través de causas segundas, especialmente de causas segundas libres, a las cuales transfiere su poder de tracción, sus bondades, sus

cualidades, haciendo a cada criatura, a cada hombre, un vivo mensaje de Dios. Pero entre todos estos hombres, que son mensajes encarnados suyos, escoge a algunos para que lo sean en forma preclara, para irradiar su rostro más que otros. Y, dentro de éstos que son casos preclaros, elige a algunos como cabezas, para cumplir una tarea de cabeza frente a grupos determinados de personas y frente a ciertos períodos de la Iglesia, tal como Cristo es cabeza frente a toda la historia, frente a todos los hombres, frente a todos los tiempos. Estos hombres participan, pues, de esta doble gracia de Cristo y en El, Padre de los siglos futuros y Señor de los tiempos, quien prolonga su actuar en estos hombres elegidos en tiempos de crisis.

4. Aplicación de todo lo anterior a nuestro Padre.

a) En general.

Lo anterior vale evidentemente también para el Padre. Por el hecho de ser criatura, por el hecho de ser hombre, el Padre es causa segunda. A través de él, Dios quiere transmitirnos un mensaje, como lo hace a través de cualquier criatura y de cualquier hombre. Sin duda el Padre fue también un hombre excepcional, un cristiano excepcional, un sacerdote excepcional. Por eso podemos admitir que fue un caso preclaro. Todos los que lo conocieron, fueran o no schoenstattianos, confiesan que fue modelo de cristiano, modelo de sacerdote, caso preclaro. Pero nosotros creemos algo más que eso: creemos también que respecto al Padre rige esta ley de la membralidad. Creemos que el Padre fue escogido por Dios como cabeza de la Familia, como Padre de una familia concreta. Creemos que, así como los franciscanos y los jesuitas reciben gracias que estuvieron condicionadas a las personas de San Francisco y de San Ignacio, así quiso Dios congregarse en torno al Padre Kentenich a una Familia que recibe determinadas gracias en la medida en que se hace dependiente de su persona, porque no fue simplemente un fundador, sino un fundador de la categoría de un San Ignacio, de un San Benito, de un San Francisco, de un San Agustín, es decir, creemos que la paternidad del Padre, que su vocación de ser cabeza y fuente de vida para otros, no se limita a su familia particular, sino que él fue también uno de esos hombres llamados por Dios para ser padres de toda una época en la vida de la Iglesia, pues trae un espíritu que ayuda a salvar a la Iglesia los escollos y los problemas de una época determinada.

Este es el convencimiento de los schoenstattianos. La historia demostrará si fuimos ilusos o si tuvimos razón al creer que el Padre va a jugar, para nuestro tiempo y para los siglos futuros, al menos un papel tan importante, como lo tuvo San Ignacio, San Benito, siglos atrás. San Benito decidió diez siglos de la historia de la Iglesia. San Ignacio ha marcado unos cuatro o cinco siglos de manera muy fuerte. Así, creemos también que el Padre fue un hombre llamado a tener una importancia secular. No se trata de empezar a calcular ahora cuántos siglos van a ser los que serán influenciados por su persona. En todo caso, esta fe en la misión secular del Padre y de Schoenstatt aparece expresada ya en la frase que el mismo Padre formulara en 1929: “A la sombra de este Santuario se co-decidirán de manera esencial los destinos de la Iglesia y del mundo, por siglos”.

Claro que cuando el Padre habla de estas cosas, no se está refiriendo a sí mismo, sino a la Obra de Schoenstatt. ¡Pero esta Obra es su Obra! Por ello, hablar de la importancia secular de la Obra de Schoenstatt es, en el fondo, hablar de la influencia que su paternidad va a tener en la Iglesia a lo largo de los siglos.

Y a los amigos de las comparaciones, puedo decirles que el Padre piensa que el problema actual que enfrenta la Iglesia es tan total, es tan radical y exige, por lo mismo,

una respuesta tan global, que esta respuesta no va a perder nunca su actualidad. Si uno estudia a San Benito, a San Francisco, advierte que la Iglesia pasó por serias dificultades en esas épocas, que amenazaban desgarrarla, romperla, hundirla. Pero, en último término, eran problemas parciales. En tiempos de San Benito vino un cambio cultural, se presentó una situación de inestabilidad cultural y política muy grande, y entonces surge este santo que salva la situación. El caso de San Francisco es más concreto todavía: el espíritu decae, existe un ablandamiento general, viene la corrupción por la riqueza y él trae una respuesta simple: pobreza.

San Ignacio también trae una respuesta bien concreta a un problema bien preciso, aunque con muchas ramificaciones. Esta respuesta es: obediencia y fidelidad a Roma (de hecho incluye varias cosas más, pero podríamos resumirla en esas dos grandes líneas).

Hoy día en cambio –dice el Padre- el problema es total. No se trata sólo de que falle la obediencia, de que existan problemas en la línea de la pobreza, o de que haya un cambio cultural. Todo eso está sucediendo simultáneamente, con una serie de agregados. Por lo mismo, para colaborar con la Iglesia a salir de esta situación conflictiva en que se encuentra, es necesaria una solución tan total, tan global, una síntesis tan integral del cristianismo que, aún cuando se hayan resuelto los problemas y salido del conflicto, ésta va a conservar su vigencia. Por eso el Padre cree que, aún vencido el colectivismo, la mentalidad mecanicista, que es el enemigo que se cierne en el horizonte de la Iglesia de hoy, el carisma de Schoenstatt no va a perder su validez. Nosotros podemos añadir: y, por lo tanto, la paternidad del Padre se va a prolongar por muchos siglos.

El asunto no se limita a que el Padre, como causa segunda, sea un mensaje de Dios, un hombre excepcional, un caso preclaro, sino que también fue elegido por Dios para ser padre y cabeza de una familia y de una época.

b) Razones especiales de la intensa vinculación de Schoenstatt a su Fundador.

1. Comparación con otras familias religiosas.

Pero hay algo más. Si miramos otras familias religiosas importantes, nos damos cuenta que tuvieron fundadores que repercutieron por siglos en la historia de la Iglesia. Sin embargo, pareciera que sus hijos espirituales no le tienen a esos fundadores el cariño que nosotros le tenemos al nuestro. Si uno visita una comunidad de jesuitas o benedictinos, se da cuenta que San Ignacio y San Benito no están tan presentes entre ellos como el Padre lo está entre nosotros. Digo esto no por criticarlos o decir que son infieles. ¡No! Incluso en las épocas de mayor florecimiento de esas comunidades, de esas familias, sus fundadores no estuvieron nunca tan al centro como el Padre entre nosotros. Sin lugar a dudas el cariño que los franciscanos tuvieron a San Francisco y los jesuitas a San Ignacio era de otro tipo. Dios lo quería así. En Schoenstatt, este cariño, este centrarse en torno al Padre Fundador es algo distinto, algo muy especial. Las leyes que hemos mencionado rigen por igual para todos los fundadores, sobre todo para los grandes santos, para los hombres de importancia histórica. Sin embargo, hay diferencias en relación al cariño que la Familia de Schoenstatt le tiene a su Fundador.

Una explicación de estas diferencias podría ser la siguiente: el Padre acaba de morir y por eso está aún muy presente entre sus hijos. Indudablemente, en los primeros tiempos de los franciscanos o de los jesuitas, cuando el recuerdo de San Francisco o de San Ignacio estaba más vivo, ellos estaban también muy presentes, mucho más al centro de sus fundaciones y se sentía más cariño por ellos. Pero creo poder afirmar, leyendo la historia de esas comunidades, que ni siquiera entonces cuando la persona del fundador

estaba viva o acababa de morir, se ha dado en otras comunidades ese cariño, esa unidad, esa intimidad con el fundador, como en Schoenstatt. ¿Por qué? Nuevamente el interrogante. ¿Es por sentimentalismo o por fidelidad al plan de Dios?

Además de un entusiasmo excesivo, que podría achacarse a las ramas femeninas de la Familia de Schoenstatt, se teme otro peligro al plantearse esta pregunta: el peligro de la manipulación. Este cariño al Padre ¿es entusiasmo de las mujeres schoenstattianas, o es “manipulación” por parte de los padres que dirigen el Movimiento, a imitación de lo que hacen los marxistas con Fidel Castro, con Mao, con el Che Guevara? Quizás porque entienden un poco de psicología, han decidido montar todo un aparato en torno al Padre Kentenich y deslumbrarnos de tal modo que no nos haga mella el encandilamiento con el Che Guevara o con Mao o con Luciano Cruz. Esta es la pregunta y la objeción. Supongo que hemos aceptado las leyes ya mencionadas, según las cuales toda la familia religiosa tiene que sentir un gran cariño y fidelidad a su fundador, pero ¿por qué aquí este grado “extra” en Schoenstatt? ¿por qué aquí este cariño es tan alto? ¿es algo sentimental o hay manipulación detrás?

2. La vinculación personal al Fundador y el carisma propio de Schoenstatt.

Evidentemente no es así. La explicación no está en que el Padre haya muerto muy recientemente ni que este cariño tan grande a él sea algo sentimental o fruto de alguna manipulación, sino en el hecho de que así lo exige nuestro carisma propio, de que así lo exige la misión específica que Schoenstatt tiene frente a la Iglesia. Analizaremos esta afirmación a dos niveles.

a) En relación con el rescate del organismo de vinculaciones.

Para comenzar tracemos una comparación con los franciscanos. De ninguna manera significa que ellos hayan sido menos agradecidos a San Francisco porque no le han tenido un cariño como el que nosotros le tenemos al Padre. El mensaje de San Francisco era la pobreza, ahí estaba su carisma. Y lo que los franciscanos debían anunciar era, evidentemente, la pobreza que habían visto vivida en su fundador. Por eso se guiaban según él. También a través suyo les llegaban gracias para vivir ese carisma. San Francisco había sido elegido por Dios como padre de su familia y, por ello, le debían respeto y cariño. Pero la pobreza y cariño eran dos cosas distintas. Ellos debían ser pobres, deseaban poseer e irradiar ese espíritu de pobreza y, además, -podríamos decirlo así- le tenían cariño a su fundador. Es posible hacer una distinción entre el carisma propio, o sea la pobreza, o la obediencia, en el caso de San Ignacio, y el cariño al fundador. Hasta cierto punto eran dos cosas diferentes.

Ahora bien ¿cuál es nuestro carisma? ¿cuál es el mensaje propio de Schoenstatt para la Iglesia de hoy? Nuestro carisma consiste justamente en anunciar esas leyes que mencionamos al comienzo. El Padre ha dicho que todo Schoenstatt no es sino una aplicación psicológica y pedagógica de la teología de las causas segundas. También estamos acostumbrados a decir que el gran mensaje de Schoenstatt es el organismo de vinculaciones. O al hablar del 31 de Mayo, ¿qué decimos? Queremos llevar y anunciar a la Iglesia de hoy una forma de pensar, de vivir y de amar orgánicos. Ese es el mensaje de Schoenstatt.

El Padre cree que el gran problema de los tiempos actuales es la incapacidad del hombre moderno para pensar, vivir y amar orgánicamente. ¿Por qué? Porque no tiene una vinculación orgánica con la realidad. ¿Y por qué se produce esto? Porque no sabe vincular entre sí los distintos valores y realidades que Dios ha creado; porque no sabe establecer

una vinculación verdaderamente personal ni con Dios ni con los hombres. El Padre cataloga la crisis del mundo de hoy como una crisis de organismo de vinculaciones. Se hace imprescindible salvar ese organismo de vinculaciones personales. ¿De vinculaciones a qué? A las criaturas por medio de las cuales Dios conduce el mundo, lo gobierna, se nos muestra y nos transmite su vida. Los hombres no pueden llegar a Dios si no ven a las criaturas en unión con El, esa es nuestra tarea. (1 Jn. 4, 12-20).

El Padre define el 31 de Mayo –esa gran cruzada que inició desde Bellavista y que significó una cumbre en las luchas de Schoenstatt frente a las herejías antropológicas de nuestro tiempo. Como una cruzada por el pensar, vivir y amar orgánicos.

La carta que depositó esa noche sobre el altar de nuestro Santuario contiene todo aquello que el Padre ve como necesario para enfrentar los problemas de la Iglesia y del mundo de hoy, o sea, “la doctrina del organismo en su teoría y en su praxis”, como ha dicho él. También podríamos decir nosotros: la doctrina de las causas segundas o de la correcta vinculación a las criaturas, y a Dios a través de las criaturas, en la teoría y en la práctica.

Y, ¿qué tiene que ver esto con nuestro cariño al fundador? Es exactamente lo mismo. Nuestro mensaje, frente a la Iglesia y el mundo de hoy, consiste en anunciar que Dios gobierna la creación y su historia a través de causas segundas, que no podemos llegar a El, si no nos abrimos al mensaje que El nos da a través de causas segundas, que debemos vincularnos personalmente a seres creados, para descubrir a Dios en ellos, para ir así del amor humano al amor de Dios. Este es nuestro mensaje. Y si anunciamos algo así, es evidente que el amor y la vinculación al Fundador pertenecen a lo medular de nuestro mensaje.

Pero el Padre no es para nosotros una causa segunda entre muchas otras, una persona entre muchas otras, a quien nuestro carisma, nuestra misión propia, nos obliga a vincularnos personalmente, ya que en él vemos algo de Dios. Para nosotros el Padre es un caso preclaro y cabeza de nuestra Familia. Por eso, si anunciamos el organismo de vinculaciones, si anunciamos la necesidad de vínculos personales, de entrega a los hombres para llegar a Dios, y no nos entregamos de manera especial a ese hombre en quien creemos que está encarnado el mensaje de Dios para nuestro tiempo, si anunciamos los vínculos personales y no nos vinculamos especialísimamente al Padre de nuestra Familia, entonces estamos mintiendo. En nuestro caso el carisma propio y la vinculación al Fundador se funden. Nuestro mensaje no está aquí y el cariño al Fundador allá. Porque nuestro mensaje es anunciar la dignidad de las causas segundas como camino hacia Dios, como fuente de vida divina; porque nuestro mensaje es anunciar la vinculación a los hombres que nos llevan a Dios, por eso tenemos que vincularnos nosotros mismos de una manera muy íntima a nuestro Fundador para ser fieles a nuestra misión. Nuestro carisma está íntimamente ligado a la vinculación al Padre. No se pueden diferenciar. La misión propia y la vinculación al Fundador para nosotros no son cosas aparte.

Hemos analizado la unidad o identidad que se da entre nuestro carisma, entre nuestra misión propia y la misión de vincularnos al Padre. Hemos afirmado que, al ser nuestra misión proclamar el organismo de vinculaciones personales, la vinculación al Padre es, por lo tanto, esencial al carisma de Schoenstatt. Pero esta misma afirmación queremos profundizarla más aún, analizándola ahora a un segundo nivel, más hondo que el anterior.

b) En relación con el rescate del organismo de la vinculación filial.

Schoenstatt no anuncia la necesidad de las vinculaciones personales de un modo general, atribuyéndoles a todos una misma y común importancia. Por eso tampoco quiere restablecer el organismo de vínculos personales, naturales y sobrenaturales, de manera puramente general. Schoenstatt también sostiene que hay vinculaciones más importantes que otras y que la más importante de todas, la que es la raíz última de todo el organismo de vinculaciones, es la vinculación filial a Dios Padre. La vinculación de hijo al Padre Dios es para Schoenstatt la vinculación clave. Y si a Schoenstatt le interesan las vinculaciones naturales en cuanto camino hacia las vinculaciones sobrenaturales, es lógico que también en el plano natural le preocupe especialísimamente la vinculación hijo-padre, la relación filial y que se esfuerce, por ello en salvar también la imagen del Padre, del padre visible, del padre humano como principal camino hacia el encuentro y la vinculación personal con el Padre Dios.

Creemos que esta vinculación es la esencial, teológica y bíblicamente hablando, porque para so vino Cristo: para llevarnos hacia el Padre. (Jn. 17, 3, 6, 26). ¿Para qué vino Cristo? Para asegurar esa vinculación fundamental de hijo al Padre Dios. A través de su persona, Cristo nos hizo experimentar la paternidad de Dios, el amor paternal visible, sensiblemente. (Jn. 14, 8).

El Padre Kentenich piensa que el mundo de hoy está enfermo, que todo el organismo de vinculaciones ha entrado en crisis, porque está en crisis la paternidad humana. El acentúa, por lo mismo, la necesidad –para re-conducir los hombres a Dios- de rescatar la actitud filial, aún a un nivel puramente humano, para lo cual también se ha de rescatar –también a nivel humano- la imagen de la autoridad paternal. El Padre dice que hoy es necesario educar hombres que, a nivel humano, sean lo que fue Cristo: imágenes del Padre Dios para los demás, para que de este modo, los hombres experimenten vivencialmente el amor paternal a Dios a través de los hombres. Sólo así volverán a creer en el Padre Dios, a redescubrir el camino hacia su corazón paternal y a reconquistar esa vinculación filial a El. (Fil. 3, 17). Y con ella reconquistarán y asegurarán simultáneamente todo el organismo de vinculaciones.

Por eso decimos que nuestro carisma nos exige vincularnos al Padre de la Familia: porque proclamamos la necesidad de las vinculaciones personales. Pero ahora podemos añadir: y porque dentro de todas esas vinculaciones personales, Schoenstatt destaca, especialmente, la relación filial – paternal. Por la *misión propia que Dios nos dio, nosotros hemos de querer como hijos a aquel hombre que Dios nos regaló como Padre de nuestra Familia.*

Schoenstatt tiene la tarea de mostrar al mundo el rostro del Padre a través de los hombres y de las criaturas y, por ello, Dios nos dio un Fundador cuyo carisma personal fue el de irradiar ese rostro de Padre.

Si queremos enseñar a los hombres a llegar a Dios a través de las criaturas, sobre todo las criaturas que son reflejo del Padre Dios, entonces tenemos que vivir y realizar ese mensaje primero dentro de nuestra Familia, y ante nuestro propio Padre, pues nadie puede dar a otros lo que él no tiene, lo que él mismo no vive. Schoenstatt trae al mundo un mensaje de filialidad, de redescubrimiento del Padre, y por eso Dios nos dio un Fundador que irradió de manera preclara esa paternidad. Por eso, es tarea y exigencia de nuestro carisma llegar a ser modelo de familia, de una familia que vive, a nivel humano, también en forma preclara, la relación filialidad – paternidad, a fin de enseñarle a todos los

hombres a volver a vivir, a un nivel humano, esa misma relación y a convertirla en un camino de encuentro con el Padre Dios.

Repito: el cariño al Padre y la vinculación a él no son para nosotros dos cosas aparte, sino una sola. No podemos cumplir nuestro carisma si no vivimos la filialidad ante él. Es esto una exigencia intrínseca de nuestra misión específica dentro de la Iglesia.

c) En relación a la misión mariana de Schoenstatt.

También podríamos decir que nuestra misión propia consiste en anunciar las glorias de María. Pero ¿cómo ve nuestro Padre a María? ¿quién es María para el Padre? María es la que hace de la Iglesia y de la humanidad una familia; María es Madre. Ese es su carisma. Y, ¿cómo crea familia la Virgen?, ¿cómo vence Ella el colectivismo en su forma capitalista y en su forma marxista?; ¿cómo va a superar Dios toda esta problemática mediante esa Iglesia mariana que anunció el Concilio y que será el alma del mundo futuro? ¿cómo va a superar María la frialdad del mundo capitalista y del mundo marxista?; ¿cómo va a construir Ella un mundo que sea más familia, una Iglesia que sea más familia?

Por ser madre, Ella tiene el carisma de formar personalidades filiales y personalidades paternas. Por ser madre, Ella es la que nos enseña a conocer y a reconocer al Padre. El Padre de la Familia cree que Schoenstatt posee una gran misión mariana en esa línea: piensa que la importancia histórica de María reside en su capacidad para formar hombres filiales y, con ello, para educar padres que recuerden al mundo el rostro del Padre Dios. De ahí que, también por su carácter mariano, Schoenstatt deba ser familia, y una familia que viva la relación filial en forma preclara.

3) Otras razones de la intensidad de esta vinculación.

a) La unidad del Fundador con su Obra.

Brevemente expondremos otras consideraciones. Otra razón para explicar la extraordinaria unión de los schoenstattianos con el Padre, reside en el hecho de que el Padre ha tenido una intimidad tan profunda con su Obra como tal vez ningún otro fundador. Esto ha ido consecuencia de lo ya dicho, o sea, que su carisma iba precisamente en la línea de la familia, de la relación filialidad – paternidad. Justamente porque tenía que anunciar este mensaje de solidaridad familiar, según el cual el destino de los hijos está íntimamente unido con el de su padre, por eso existe entre Schoenstatt y su Fundador una unidad total.

El Padre siempre afirmó: *“Schoenstatt es la prolongación o ampliación de mi yo”*. Lo mismo puede confesar de alguna manera todo fundador. San Ignacio también proyectó su yo, su personalidad en la Compañía de Jesús. Igualmente lo hicieron San Francisco y San Benito en sus fundaciones. Pero en el caso de nuestro Padre, esto sucede en un grado extraordinario. Existe identidad total entre el mundo interior del Padre y el ser de la Familia. Por eso no podemos penetrar en Schoenstatt si no penetramos en el corazón del fundador. Al Padre se lo conoce mirando a Schoenstatt y a Schoenstatt se lo conoce mirando al Padre. Por eso nunca seremos schoenstattianos a fondo si no penetramos, también a fondo, en el corazón del Padre. El no nos dio sólo ideas. Schoenstatt no es un mundo sólo de ideas, es un mundo de vida y de una vida que fue la suya. De ahí que, conociendo su historia personal, conociendo cómo llegó él a desarrollar interiormente y a poseer este mundo que es Schoenstatt, podremos conocer mejor a Schoenstatt.

b) Nuestra propia necesidad de paternidad.

Y, por último, si es verdad todo lo que el Padre dice, si es verdad que el carisma de Schoenstatt va en la línea de los vínculos personales, sobre todo en el sentido de salvar la vinculación filial, nuestra vinculación al Fundador aparece como necesaria no solamente en consideración a que Schoenstatt pueda cumplir su misión, sino que, también, aparece como respondiendo a una necesidad personal y vital de cada uno de nosotros. Si somos hijos de nuestro tiempo y si es cierto que el mal principal de nuestro tiempo es el de una época de huérfanos, es decir, consiste en la ruptura del organismo de vinculaciones y especialmente, en la crisis de paternidad, entonces nosotros, como personas – independientemente de la necesidad de ser fieles al Padre para que Schoenstatt cumpla su misión- necesitamos una experiencia humana de paternidad, para poder crecer como hombres espiritualmente sanos, para madurar como cristianos, para llegar a un encuentro hondo y vivencial con el Padre Dios. No sólo Schoenstatt, como conjunto, tiene que ser fiel al Padre para cumplir su carisma; también nosotros necesitamos un padre humano que nos conduzca al corazón del Padre Dios en esta época sin padres en que vivimos. (1 Cor. 4, 15).

Tal vez son pocos entre nosotros los que tuvieron un padre como el de Santa Teresita. La persona que ha tenido un papá como el de Santa Teresita es una excepción y personalmente no necesitaría al Padre Kentenich. Santa Teresita descubrió hasta tal punto el rostro del Padre Dios en su papá, que años después, habiendo fallecido ya su padre, cuando ella rezaba el Padre Nuestro no hacía distinción a quien le rezaba, porque a su papá y al Padre Dios los sentía como una unidad. Santa Teresita cuenta, por ejemplo, que ella aprendió a entender la Misa y el Evangelio mirando la cara de su padre. Ella no entendía lo que pasaba en el altar, pero mirando a su papá fue comprendiendo la grandeza de lo que sucedía allí adelante. Santa Teresita tuvo un padre, que fue el camino que la llevó directamente al corazón de Dios.

Quizás alguno de nosotros ha tenido un padre así, pero deben ser pocos. Hay muchos entre nosotros que no conocieron a su padre porque murió cuando ellos eran pequeños o porque han vivido separados de él. También hay muchos que han vivido con su padre, pero que han tenido muchos problemas en este sentido. A lo mejor en otros casos el papá ha sido muy bueno, pero no todavía como el padre de santa Teresita, o sea un padre que ha sido camino hacia Dios. Por eso necesitamos personalmente al Padre de la Familia.

También lo necesitamos por la Iglesia. Creemos que la Iglesia necesita el carisma del Padre; que el mundo capitalista y marxista de hoy, necesita el espíritu que el Padre trajo. Y ese carisma suyo no se puede anunciar sin vivirlo también frente a él, sin vivir la vinculación filial también ante su persona.

c) Forma de desarrollo de esta vinculación al Fundador.

Según lo que hemos dicho, la vivencia de nuestro Fundador como padre está unida al carisma de la Familia. Por lo tanto es una gracia. Y si es una gracia, no se puede forzar a nadie a abrirse a ella; hay que recibirla como un don. Por consiguiente, no se puede obligar a nadie a que le tenga cariño al Padre. El cariño es algo que nunca se puede obligar a sentir, mucho menos si es una gracia. Por eso, aquí nadie quiere forzar a otros a que le tengan cariño al Padre y nadie debe sentirse obligado a ello. Por ser una gracia, este cariño es un don de la Mater, que Ella dará cuando Ella quiera, solo hay que abrirse a él cuando Ella lo dé. Por eso es muy importante que nadie se sienta forzado a aparecer como admirando al Padre más de lo que realmente siente, ni caer en aparentar cosas que

no son. No. Aquí no se trata de hacer teatro. Queremos conocer la persona del Padre con mucha tranquilidad. Queremos saber cómo fue él fuente de gracias para muchos. Queremos estar conscientes de que el cariño a él es una gracia y que como tal debemos pedirla a la Mater. Pero tomado el propósito de ir expresando nuestro cariño y nuestra admiración al Padre en la medida en que auténticamente le sintamos. Si no, si tratamos de forzar artificialmente estos sentimientos, nos causarán coacción y nos harán mal.

Y, ¿en qué consiste la fuerza de esta gracia? ¿qué tipo de gracias es la que está unida a la vinculación al Padre? Es la gracia de la experiencia humana de la paternidad de Dios. Volvemos a lo mismo: si debe tratarse de una experiencia, entonces no puede ser algo impuesto a la fuerza. Esta gracia debe ser totalmente experimentada. Recibimos la gracia de Padre sólo en la medida en que realmente lo experimentamos como Padre. Y para alcanzar algo así, no basta con hablar de él, con repetir lo que dicen otros; hay que hacer personalmente la experiencia. Y esta experiencia se logra de a poco. No podemos inventarnos experiencias de filialidad frente al Padre. Sólo el que ha sentido en su vida que el Padre lo ayuda, que su ejemplo lo ayuda, quién ha experimentado esto, ese recibió esta gracia y tiene motivos para decir: quiero mucho al Padre y lo admiro porque lo he sentido como importante en mi vida. Quien no ha experimentado esto, no tiene porque andar alabando al Padre, ni sentirse forzado a repetir lo que otros dicen.

Aquí venimos con mucha tranquilidad a enfrentarnos con un gran hombre, pero nadie nos quiere forzar a amarlo o admirarlo, porque esta gracia encierra una experiencia que nadie nos puede dar desde afuera, sino que ha de hacerla cada uno. Cada uno tiene que encontrarse con el Padre, y vivir su historia con él y quererlo personalmente en la medida en que experimente su cariño. Yo no voy a querer al Padre porque las Hermanas Marianas le quieren o porque los Padres también le quieren. Ellos han vivido una historia con él, y a través de ella, el Padre les conquistó su cariño personal. Nosotros también queremos quererlo en la medida que él nos vaya conquistando.

Por eso los antiguos deben tener mucho respeto frente a los nuevos y no tratar de “embutirles” sus sentimientos frente al Padre. Hay que dejarlos crecer tranquilos y, que aprendan a conocer al Padre y a admirarlo en la medida en que reciban esa gracia.

Pero también los nuevos deben “perdonar” a los antiguos, porque cada persona tiende a proyectar sobre otros lo que ella siente. Y se olvida que los demás no siempre sienten igual que ella. También cuando alguien ha descubierto algo que ha sido para él fuente de alegría, que le ha traído muchas gracias, desea con muchas fuerzas que los demás experimenten lo mismo. Por eso, en los antiguos existe la tendencia de proyectar lo que ellos tienen y a veces los nuevos se sienten algo aplastados. Comprendan esta situación, y si alguna vez sienten que un antiguo les está imponiendo algo, compréndanlo y no caigan en una reacción que rompa el respeto que merece esa experiencia de gracia que han hecho ya los antiguos. Los miembros de la Familia que quieren al Padre, lo quieren por experiencia, lo quieren porque el Padre y su misión ha colmado sus vidas. Es un cariño que merece sumo respeto, porque detrás hay una gracia muy grande.

Existen muchas personas que se transformaron por el contacto con el Padre, hasta alcanzar las más altas cumbres de la santidad, como José Engling o la Hermana Emilie. La Hermana Emilie, por ejemplo, era una persona muy escrupulosa cuando llegó a Schoenstatt, sufría grandes miedos y, sin embargo, llegó después a una filialidad plena frente a Dios, a una paz total en el alma, a una santidad como la de Santa Teresita. El Padre dijo que ella era “nuestra” Santa Teresita. Ella llegó a poseer más tarde, una confianza y una alegría en Dios extraordinaria, la que fue conquistada a través del Padre.

Para ella, el Padre fue su camino hacia el Padre Dios y a la santidad. El Padre la libró de una aguda crisis transmitiéndole su experiencia de confianza filial en Dios.

Mario Hiriart, objeto también de nuestra veneración, murió destrozado por el cáncer en Milwaukee. Todo su anhelo era llegar a conversar con el Padre. En la primera y última entrevista que tuvo con él en su lecho de enfermo, en medio de sus dolores, le dijo: “la única gracia que voy a pedir a la Mater antes de morir en que en el cielo tenga tiempo para contarle a usted todo lo que no le pude decir aquí en la tierra”. Para un hombre de la categoría de Mario, decirle al Padre en el momento en que está muriendo de cáncer, que ése era su anhelo para el cielo, es señal de que el Padre significó mucho para él, de que penetró muy hondo en su vida, de que lo sintió como fuente de salvación.

Así, detrás del cariño que la Familia le tiene al Padre hay una hermosa historia de santidad, una hermosa historia de salvación que merece un gran respeto. El Padre ha sido fuente de salvación para la Familia.

Pero este cariño de la Familia a él fue creciendo lentamente. La Familia descubrió al Padre en décadas. El cariño que le tenemos hoy como Familia no se le tenía en 1914, salvo personas individuales. Fuimos conociendo al Padre en la medida que lo fuimos experimentando como fuente de gracias y como enviado de Dios, y eso hizo crecer el cariño hacia él. La historia personal de cada uno de nosotros tiene que seguir un proceso semejante, debe ser una historia en el tiempo. No hemos de sentirnos obligados –para ser buenos schoenstattianos- a llegar a “prefabricarnos” en seis meses, un cariño al Padre que, en el fondo, no sentimos.

Como esto es una gracia, pidámosla en el Santuario. Desde que el Padre murió, crece en la Familia la convicción de que una gracia propia del Santuario es ésta del encuentro con él. Ya que el Padre recorrió la tierra, levantando tronos a la Santísima Virgen por donde pasaba, Ella debe haberle dicho después de su muerte: Ahora ha llegado la hora en que yo te voy a glorificar como tú me glorificaste. Y en la Familia crece la convicción de que la Mater tiene al Padre junto a su trono de gracias, y que, en cada lugar, en cada Santuario donde el Padre se esforzó por dar a conocer las glorias de María. Ella quiere ahora glorificarlo a él. Por lo mismo, cada Santuario de Schoenstatt es un lugar de encuentro con él, y en cada Santuario se dan gracias de encuentro con él. Por eso, en estos días, en este Santuario de Bellavista que fue tan importante en la vida del Padre, pidámosle a la Mater, con apertura de corazón, la gracia de saber abrirnos a ese don de Dios, que ya ha traído salvación a tantos hombres, que va a ayudar a la Iglesia a cumplir su misión y que también esta destinado a traernos salvación a nosotros, por el hecho de haber sido llamados a Schoenstatt.